

Tuvo que consolar á Dionisia, que seguía sollozando y repitiendo que acabaría por irse, puesto que todas la creían capaz de pensamientos que nunca había tenido. Claro que cuando un hombre quiere á una mujer debe casarse con ella; pero ella no pedía nada, no calculaba nada, y sólo quería que la dejaran vivir tranquila con sus penas y sus alegrías, como todo el mundo. Concluirían por obligarla á marcharse.

En aquel momento atravesaba Mouret los almacenes. Quería aturdirse visitando una vez más las obras. Habían pasado mesés, y la fachada se alzaba ya como un monumento detrás de la muralla de andamios que la ocultaban al público. Todo un ejército de decoradores estaba en ejercicio: marmolistas, obreros en mosaicos y en *faience*. Se doraba el grupo central, sobre la puerta, mientras abajo se colocaban los pedestales que debían sostener las estatuas de las ciudades manufactureras de Francia. Desde la mañana á la noche, en la calle del Dix-Decembre, abierta hacia poco, estacionaba porción de desocupados con la nariz al aire, sin ver nada, preocupados con las maravillas de aquella fachada, que debía asombrar á París. Sobre las obras, entre los artistas que realizaban su sueño, comenzado por los albañiles, sentía más amargamente Mouret la vanidad de su fortuna. El pensamiento de Dionisia le apretaba el corazón, como si le atravesase el pecho con el dardo de un mal incurable. Había huido sin hallar una palabra de satisfacción, y temiendo mostrar sus lágrimas, dejando ver su desaliento en el triunfo. Aquella fachada que estaba ya en pie le parecía pequeña y como uno de esos muros de arena que hacen los niños, y aún prolongándolo de un lado al otro del *faubourg*, elevándolo hasta las estrellas, no hubiera llenado el vacío de su corazón, que sólo el *si* de una mujer podía llenar.

Cuando Mouret volvía á su despacho, ahogó sollozos contenidos. ¿Qué deseaba ella? No se atrevía á ofrecerle dinero, y la confusa idea de casarse surgió de entre sus turbaciones de viudo joven.

Corrieron sus lágrimas en el enervamiento de su impotencia y se creyó desgraciado.

XII

Una mañana de Noviembre daba Dionisia sus primeras órdenes en la sección, cuando llegó la criada de los Baudu diciendo que la señorita Genoveva había pasado mala noche y que quería que bajase en seguida su prima. Desde hacía algún tiempo se debilitaba de día en día la joven, y tuvo que guardar cama la víspera.

—Decid que voy en seguida—respondió muy inquieta Dionisia.

El golpe que hería á Genoveva era la brusca desaparición de Colomban. Primero, y atraído por Clara, hizo vida común con ella, y cediendo luego al deseo de todos los jóvenes contenidos y castos, fué como el perro sumiso de aquella mujer. Un lunes no volvió, escribiendo sencillamente á su principal una carta de despedida, escrita con la frase rebuscada de un hombre que se suicida. Tal vez en el fondo de aquella pasión hubiese el cálculo de librarse de un matrimonio desastroso. La pañería iba tan mal como la salud de su futura, y era hora de romper. Todos le citaban como una víctima fatal del amor.

Cuando Dionisia llegó al *Viejo Elbauf*, estaba sola la señora Baudu, inmóvil, detrás de la caja, con su rostro empalidecido por la anemia, guardando el vacío silencio de la tienda. No había otro dependiente. La criada pasaba el plumero á los anaqueles, y aún se trataba de reemplazarla por una asistenta. Caía frío del techo, y pasaban las horas sin que un comprador entrase. Los géneros, que de tarde en tarde se movían, parecían tomados del salitre de las paredes.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dionisia vivamente.—¿Está Genoveva en peligro?

La señora Baudu no contestó en seguida. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y luego balbuceó:

— No sé nada... nada me dicen... ¡Ah! esto se acaba, se acaba... Sus miradas daban vuelta á la tienda, como si ésta y su hija se fueran á la vez. Los sesenta mil francos de la venta de la propiedad de Rambouillet se los había llevado la competencia en ménos de dos años. Para luchar con *La Dicha*, que ya tenía paños para hombre, terciopelos para caza y libreas, había hecho el pañero considerables sacrificios. Por fin, sucumbía bajo los muletos y franclas de su rival; un surtido como nunca se había visto en la plaza. Poco á poco creció la deuda, y se convino como recurso supremo en hipotecar el antiguo inmueble de la calle Michodiere, en que había fundado la casa el viejo Finet. Era ya cuestion de días; la ruina llegaba, y la casa misma debía hacerse polvo, como una construccion carcomida que se lleva el viento.

— Arriba está su padre — dijo la Baudu con su voz fatigada; — nos relevamos cada dos horas, porque hay que estar aquí, por si acaso, porque en verdad que...

Acabó la frase con un gesto. Hubieran huido sin su orgullo comercial que les sostenia aún.

— Entónces, subo — dijo Dionisia cuyo corazon se oprimia con aquella desesperacion muda que parecian tener hasta las piezas de paño.

— Sí, sube pronto, hija mia. Genoveva te espera; te ha llamado toda la noche. Quiere decirte algo sin duda.

En aquel momento bajó Baudu. Las malas noches alteraban su rostro amarillo, en que se veian sus ojos sanguinolentos. Llegaba de puntillas, y murmuró como si pudieran oirle desde arriba:

— Duerme...

Se sentó rendido en una silla, y se enjugó la frente maquinalmente, como quien acaba una tarea ruda. Hubo una pausa, y dijo por fin á Dionisia:

— La verás pronto... Cuando duerme se nos figura que está mejor.

El silencio reinó de nuevo. El padre y la madre se miraban frente á frente, y luégo dijo Baudu á media voz, como remachando sus dolores y sin nombrar nada ni á nadie:

— No lo hubiera creído, por mi vida... Era el último y le había educado como á mi hijo. Si me hubieran dicho: «tambien te lo llevarán...», hubiera contestado: «eso será porque no haya Dios.» ¡Y lo ha hecho! ¡Ah! desgraciado... Tenia todas mis ideas, y estaba al tanto del verdadero comercio. Por una pingona, por

uno de esos maniqués que se ven en los escaparates de las casas equívocas... ¡Esto es para volverse loco!

Movia la cabeza y su mirada baja caia sobre el dintel húmedo, gastado por el paso de generaciones de clientes.

— ¿Quereis creerlo? — dijo con voz más baja aún. — Hay veces que me creo el más culpable de esta desgracia. Si, culpa mia es que nuestra pobre hija esté arriba como está. Yo debí casarla sin ceder á mi orgullo necio, á mi terquedad en querer dejarla la casa más próspera. Ahora tendria á quien amar, y tal vez su juventud haria aquí el milagro que yo no he sabido hacer. Pero fuí un viejo loco; no comprendí nada, no creí que se pusiese nadie malo por semejantes cosas... Verdaderamente era un gran muchacho; dón para vender, probidad, sencillez de costumbres, órden; en fin, discípulo mio.

Levantaba la cabeza, defendiendo aún su modo de pensar sobre aquel dependiente que le hacía traicion. Dionisia no pudo oír que se acusaba á sí mismo, y emocionada al verle tan humilde y con los ojos llorosos, á él, que otras veces reinaba y gruñía como dueño absoluto, dijo:

— No le disculpeis, tío, os lo ruego. Jamas amó á Genoveva, y de haberse anticipado la boda, se hubiera marchado ántes. Yo misma le hablé: sabía bien que mi prima sufría por su causa, y ya veis que esto no le ha retenido.... Preguntádselo á la tía.

Sin decir nada, lo confirmó la Baudu con un movimiento de cabeza. El pañero palideció aún más, y las lágrimas le cegaron de nuevo.

— Estaba en la masa de su sangre, porque su padre, el veterinario, murió el verano pasado de tanto correr la tuna.

Miró maquinalmente á los rincones oscuros, pasando del mostrador á la anaquelera repleta, y luégo se fijó en su mujer, que continuaba en espera de la desaparecida clientela.

— Esto es el fin — dijo — nos matan el comercio, y una de ésas... nos mata tambien la hija.

Nadie objetó. El rodar de los coches que hacian retemblar la casa era como un redoble fúnebre de tambores que sonase en el aire, ahogado por el bajo techo. En la tristeza de las tiendas agonizantes se oyeron unos golpes. Era Genoveva que acababa de despertarse y daba con un baston que dejaban cerca de ella.

— Subamos en seguida — dijo Baudu levantándose rápido. — Trata de sonreír: no necesita saber nada.

Se frotó rudamente los ojos en la escalera para borrar la huella de las lágrimas. Cuando abrieron la puerta, en el primer piso oyeron que una voz débil gritaba:

— ¡No quiero estar sola! ¡No me dejéis sola, tengo miedo!...

Cuando vió á Dionisia se calmó Genoveva y sonrió débilmente:

— ¡Ya estais aquí!.. ¡Cómo os he esperado desde ayer!.. ¡Creí que me abandonabais también!..

Aquello daba lástima. La habitacion de la jóven recibía pálida luz por el patio. Primero la pusieron sus padres en su habitacion sobre la calle, pero la vista de *La Dicha* la irritaba, y hubo que trasladarla. Allí estaba echada en su cama, en la que apénas se percibía la forma de su cuerpo. Sus brazos delgados, quemados por la fiebre de los tísicos, se movían como buscando algo inconscientemente, miéntras sus negros cabellos parecían comerse su pobre rostro en que agonizaba la última de una familia que habia vivido en la sombra de aquel sótano del viejo comercio parisiense.

Dionisia, con el corazon apretado por la compasion, la miraba sin hablar, por temor de que corriessen sus lágrimas; pero al fin murmuró:

— He venido en seguida... ¿En qué puedo servirlos? Mandad... ¿Quereis que me quede?

Genoveva, con la respiracion fatigosa y las manos errantes por el cobertor, no quitaba de ella los ojos.

— No, no necesito nada. Gracias. Quería abrazaros solamente.

Se echó á llorar. Dionisia se inclinó vivamente y la besó en las mejillas, temblando al sentir las ardiendo. La enferma la agarró y la estrechaba en un desesperado abrazo. Luégo miró á su padre.

— ¿Quereis que me quede? — repitió Dionisia. — ¿Hay que hacer algo?

— No, no.

Las miradas de Genoveva se volvían obstinadamente hácia su padre, que seguía allí con aire estúpido y la garganta oprimida. Acabó por entender, y se retiró sin decir nada, oyéndose á poco su pesado paso en la escalera.

— ¿Sigue con esa mujer? — dijo en seguida la enferma cogiendo la mano de su prima, á quien hizo sentar junto á la cama. — He querido veros para que me lo digais... ¿Verdad que viven juntos?

Dionisia balbuceó la verdad, sorprendida por aquellas pregun-

tas. Clara estaba aburrida de él y habia roto, pero el desolado Colomban la perseguía tratando de verla de vez en cuando, con la humildad del perro castigado. Se decía que iba á colocarse en el *Louvre*.

— Si tanto le amais, acaso vuelva — continuó Dionisia para adormecer á la moribunda con aquella última esperanza. — Cuidad pronto, que él reconocerá sus faltas y se casará con vos.

Genoveva la interrumpió. Había escuchado con toda su alma pareciendo animarse, pero recayó en seguida:

— No, dejadme: ya sé que esto ha concluido. No digo nada porque papá llora y mi madre se pone peor... Me acabo, y si os he llamado esta noche es porque no creía llegar á la mañana... ¡Cuando pienso que tampoco él es feliz!

Dionisia afirmó que no estaba tan mala, y ella la interrumpió de nuevo. Bajó el cobertor con el gesto casto de la virgen que nada oculta á la muerte, y descubriéndose hasta el vientre, murmuró:

— Miradme... ¿Creéis aún en eso?

Dionisia se apartó, como temerosa de destruir con el aliento aquel miserable despojo. Aquello era el fin de la carne, el cuerpo de la novia gastado en la espera y vuelto al sér de los primeros años. Volvió á cubrirse lentamente y repitió:

— Ya veis; no soy una mujer... Hacen bien en no quererme...

Las dos se miraron sin decir palabra, y Genoveva dijo al fin:

— Idos ya: tenéis una obligacion. Tenía deseos de veros y estoy contenta. Si le veis, decidle que le perdono... Adios, mi buena Dionisia: abrazadme por última vez.

La jóven la abrazó riéndola.

— No digais eso. Lo que necesitáis son cuidados nada más.

La enferma movió la cabeza. Sonreía como segura de lo que habia dicho, y al ver que su prima se dirigía á la puerta, la dijo:

— Llamad con el baston para que suba papá; tengo miedo sola.

Cuando subió Baudu á la triste habitacion en que pasaba las horas sobre una silla, dijo alegremente á Dionisia:

— No vengais mañana; es inútil. Os espero el domingo y pasaréis la tarde conmigo.

Al día siguiente, á las seis, moría Genoveva, despues de cuatro horas de horrible agonía. El entierro tuvo lugar un sábado de malísimo tiempo, bajo un cielo pesado. *El Viejo Elberuf*, colgado de blanco, manchaba la calle con una nota pálida, y los cirios que

ardian parecían estrellas sumergidas en el crepúsculo. Coronas y un ramo de rosas blancas cubrían el feretro, una caja de niña puesta en el portal de la oscura casa, al nivel de la calle, tan cerca del arroyo que los coches habían enlodado los paños mortuorios. El viejo barrio sudaba humedad, exhalando olor de cueva.

A las nueve llegó Dionisia para estar junto á su tía. Iba á irse el entierro, y la Baudu, que no lloraba, la rogó que fuese con él para velar sobre su marido, cuyo anonadamiento mudo inquietaba á la familia. Abajo halló la joven llena de gente la calle. El pequeño comercio del barrio quiso demostrar á los Baudu su simpatía, y era al mismo tiempo como una manifestación contra *La Dicha de las Damas*, á la que se acusaba de la lenta agonía de Geneveva. Todas las víctimas del monstruo estaban allí: *Bedoré y hermana*; la gorrera de la calle Gaillon; los peleteros *Vaupouille hermanos*, y *Deslignières* el de los juguetes, y *Piot y Rivoire*, mueblistas. Hasta la señorita Tatin, la lencera, y el guantero Quinet, arruinados hacía tiempo, creyeron de su deber ir desde Batignolles el uno y de la Bastilla la otra, en donde trabajaban en casas de otros. Esperando al carro fúnebre, que tardaba, aquella gente vestida de negro, pisando en el barro, miraba con ira á *La Dicha*, y á sus claros escaparates y brillantes anaqueleros, que parecían un insulto al *Viejo Elbæuf*, cuyas mortuorias colgaduras ensombrecían la opuesta acera. Algunos dependientes curiosos se veían detras de los cristales; pero el coloso se mostraba indiferente, como la locomotora que no se cuida de los muertos que hace en su camino.

Dionisia buscaba con los ojos á su hermano Juan, y le vió frente á la tienda de Bourras. Se unió á él, y le recomendó fuese junto al tío para sostenerle si vacilaba. Hacía algunas semanas que Juan parecía preocupado. Aquel día, vestido con un gaban negro, como hombre que ganaba á días veinte francos, tenía aire tan digno y triste, que su hermana, que no creía quisiese tanto á su prima, se sorprendió. Deseando evitar á Pepé momentos tristes, le dejó con la señora Gras, prometiéndole que iría á buscarle por la tarde para que abrazase á sus tíos.

El carro mortuorio tardaba, y Dionisia, muy conmovida, miraba arder los cirios, cuando una voz muy conocida habló detras de ella. Era Bourras que llamaba á un castañero instalado enfrente, dentro de un estrecha garita, á la puerta de una taberna.

— Hazme un favor, Vigouroux — le dijo; — yo me voy... Si

viene alguien decidle que pase; aunque creo que nadie vendrá.

Y se quedó de pié en la acera esperando como los demás. Dionisia echó un vistazo á su tienda, en cuyo escaparate sólo se veía una lastimosa desbandada de paraguas empolvados y bastones ahumados por el gas. Los embellecimientos que Bourras había hecho, las pinturas verdemar, los cristales, la muestra... todo caía con el aspecto decrepito del lujo levantado sobre ruinas. Si las antiguas grietas reaparecían y las manchas de humedad cubrían los dorados, la casa se tenía en pié tercamente, adosada á *La Dicha de las Damas*, como una verruga deshonrosa que no podía cortarse.

— ¡ Ah, los miserables! — gruñó Bourras; — ¡ ni quieren dejar que se la lleven!

Al fin llegaba el carro mortuorio, que se veía detenido por un carruaje de *La Dicha*, cuyos costados brillaban arrojando en la bruma su reflejo vivo al trote rápido de dos soberbios caballos. El viejo tendero lanzaba á Dionisia una mirada oblicua por bajo de sus cerdosas cejas.

Púsose por último en movimiento la comitiva, ante el lodo y el silencio de los carruajes detenidos á su paso. Cuando el cadáver vestido de blanco atravesó la plaza Gaillon, las sombrías miradas del cortejo se volvieron al gran almacén, detras de cuyos cristales curioseaban dos oficialas. Baudu seguía al féretro con paso torpe maquinal, rehusando con un gesto el brazo de Juan que iba junto á él. Detras de todos iban tres carruajes de luto. Al atravesar la calle Neuve-des-Petits-Champs, Robineau se unió al cortejo, envejecido y pálido.

En San Roque aguardaban muchas mujeres, pequeñas comerciantes del barrio que temieron las apreturas en la casa mortuoria. La manifestación siguió muda, y cuando el entierro se puso en marcha despues de la misa, le siguieron todos los hombres, á pesar de que hay trecho desde la calle Saint-Honoré al cementerio de Montmartre. Había que subir la calle de San Roque y pasar otra vez ante *La Dicha de las Damas*. El pobre cuerpo de aquella niña era paseado al rededor del gran almacén, como la primera víctima de las balas en tiempos de revolución. En la puerta flotaban al viento las franelas rojas, y uno de los escaparates brillaba con la eflorescencia de rosas y peonías abiertas.

Dionisia había subido en un coche, con el pecho oprimido con tal tristeza, que no se sentía con fuerzas para andar. Hubo una

parada en la calle del Dix Décembre, ante las obras de la nueva fachada que interrumpían la circulación. La jóven miró á Bourras parado, rozando sus piernas junto á las ruedas del coche en que ella iba. No llegaría al cementerio. Levantó la cabeza, la miró, y de pronto subió.

— Estas rodillas... — murmuró; — no os estrecheis.

Estaba irritado y amistoso al mismo tiempo, como ántes. Gruñó declarando que aquel diablo de Baudu era fuerte para ir al entierro, á pesar de sus disgustos. El convoy volvió á tomar su marcha lenta, é inclinándose Dionisia, vió, en efecto al tío, firme detras del féretro con su paso pesado, que parecía marcar el de la comitiva. Se hundió la jóven en su rincón, oyendo las palabras sin fin del viejo paraguista, al compas del movimiento melancólico del coche.

— La policía debía hacer desembarazar la vía pública... Hace más de diez y ocho meses que nos estorban con su fachada, en la que se mató un hombre el otro día. No importa: cuando quieran extenderse más, será preciso que echen puentes sobre las calles... Dicen que sois dos mil setecientos empleados, y que la cifra de negocios subirá este año á cien millones... ¡Cien millones, Dios mío, cien millones!

Dionisia no tuvo nada que decir; el entierro había entrado en la calle de la Chaussée de Antin, en donde el cúmulo de carruajes le retrasó. Bourras siguió hablando con la mirada vaga, como si soñase en alta voz. No comprendía el éxito de *La Dicha*, pero confesaba la derrota del antiguo comercio.

— Ese pobre Robineau es un impertinente: tiene el aspecto de hombre que se ahoga, y los Bedoré y los Vaupouille se tienen de pié, pero como yo, con las piernas rotas. Deslignières reventará un día, y Piot y Rivoire tienen ictericia. ¡Estamos bien! Somos una compañía de esqueletos que vamos detras de la pobre niña. Esto debe ser divertido para quienes vean pasar esta cola de quiebras. Y parece que va á continuar la limpieza. Esos diablos crean secciones de flores, de perfumería, de zapatería... ¡qué sé yo! Grognet, el perfumista de la calle Grammont, puede prepararse, y yo no daría diez francos por la zapatería de Naut, calle de Antin. La peste llega hasta la calle de Saint-Annet, de donde el plumista Lacassagne y la señora Chadeuil, cuyos sombreros son bien conocidos, serán barridos ántes de dos años. Y despues de éstos, otros y otros. Todos los comercios del barrio sufrirán

igual suerte. Cuando los negociantes en telas se ponen á vender jabones y zapatos, pueden llegar hasta vender patatas fritas. ¡El mundo está dislocado!

El entierro atravesaba la plaza de la Trinité, y desde el rincón oscuro del carruaje en que escuchaba Dionisia las quejas del viejo tendero, vió, al desembocar de la Chaussée de Antin, subir el cadáver la cuesta de la calle Blanche. Detras del tío, que andaba con el aspecto mudo y estúpido de un buey asombrado, la parecía oír el pisar del ganado conducido al matadero, la derrota de las tiendas del barrio, el pequeño comercio arrastrando su ruina sobre el negro barro de Paris. Bourras seguía hablando con voz más sorda, como fatigado por la ruda subida de la calle Blanche.

— Yo he tomado mi partido... le tengo cogido y no le suelto. He perdido el recurso de alzada, que me ha costado mucho: más de dos años de pleito y abogados. No importa: no pasará por debajo de mi casa, porque los jueces dicen que no es una expropiación motivada. ¡Cuando pienso en que hablaba de crear un salón para examinar los colores de las telas á la luz del gas, una pieza subterránea para unir la pañería y el género de punto! ¡Y él no calculaba que un viejo achacoso como yo le impidiese el paso, cuando todos se arrodillaban ante su dinero! ¡Nunca, no quiero: está dicho! Ya sé que el tunante anda buscando acreedores míos para jugarme una mala pasada; no me importa: él que sí, y yo que no siempre, hasta cuando me vea clavado entre cuatro tablas como la que va ahí delante.

Al llegar al boulevard Clichy, el carruaje rodó más aprisa, oyéndose el alentar de la gente, que tenía prisa por concluir. Lo que Bourras no decía claramente, era que la miseria era su vida, y que había perdido la cabeza en el batallar del comerciante que se empeña en sostenerse bajo una lluvia de protestos. Dionisia, que estaba al corriente de su situación, rompió á hablar, diciéndolo dulcemente:

— No os hagais peor de lo que sois, señor Bourras... Dejadme arreglar vuestros asuntos.

Él la interrumpió violentamente:

— Callaos: esto no interesa á nadie. Sois una niña muy buena y que amargais la vida de ese hombre, que creyó compraros como una casa. Pero ¿qué diriais si os aconsejára que cedieseis? Me enviarías á paseo... Bueno; pues cuando yo digo que no, no os metais en mis asuntos.

Bajó con la jóven del carruaje, que se había detenido en la puerta del cementerio. El panteon de los Baudu estaba en la primera avenida, á la derecha. En pocos minutos terminó la ceremonia. Juan apartó al tío, que miraba á la fosa con aire estúpido. El cortejo se diseminó por las tumbas próximas. Los rostros de aquellos comerciantes, faltos de sangre en el fondo de sus pisos bajos malsanos, tomaban aspecto de sufrimientos bajo aquel cielo triste. Cuando el féretro se deslizó blandamente, las mejillas palidieron, las afiladas narices se inclinaron, y se volvieron los párpados llenos de cifras.

— Todos deberíamos meternos en ese agujero—dijo Bourras á Dionisia, que estaba cerca de él.— Con esa niña se entierra el barrio. ¡ Ah! el pequeño comercio debía unirse á esas rosas blancas que se entierran con ella.

Dionisia llevó á su tío y su hermano á uno de los carruajes. Aquel día tuvo para ella negra tristeza. Al pronto, empezó á inquietarle la palidez de Juan, y cuando comprendió que se trataba de una nueva historia mujeril, quiso hacerle callar abriendo su bolsa; pero él movió la cabeza y rehusó: aquella vez iba serio: se trataba de la hija de un riquísimo pastelero que no aceptaba ni ramitos de violetas. Luégo, cuando se fué á buscar á Pepé á casa de la señora Gras, éste la declaró que ya era mayor para andar solo. Otro contratiempo, porque sería preciso buscar un colegio y alejar tal vez al pequeño. Para concluir, al llevar á Pepé á que abrazase á sus tios, se la desgarró el alma al ver la sombría tristeza del *Viejo-Elbauf*. La tienda estaba cerrada, y los tios en en el fondo de la salita, sin encender el gas, á pesar de la oscuridad de aquel día de invierno. Estaban solos, frente á frente, en la vacía casa donde la ruina y la muerte de su hija llenaban de nieblas los rincones, como si llegase el crujimiento supremo que había de hundir las casas comidas por la humedad. Bajo aquella tristeza paseaba el tío con el andar pesado que llevó en el entierro, mientras la tía callaba, echada sobre una silla, con la cara pálida, cuya sangre se iba gota á gota. No lloraron cuando Pepé les dió ruidosos besos en las mejillas, mientras Dionisia se ahogaba en llanto.

Aquella noche mandó Mouret llamar á la jóven para hablarla de un vestido de niño, mezcla de escocés y zuavo, que quería poner á la venta. Ella no pudo contenerse, obligada por la compasión, y habló de aquel pobre Bourras que iba á ser víctima. Pero

ante el nombre del paraguista se sublevó Mouret. El viejo loco, como él decía, amargaba su vida y estorbaba su triunfo por su estúpida terquedad en no ceder su casa, aquella ruina, aquel único rincón escapado á la conquista. Era su pesadilla, y otro que no fuese la jóven, y se hubiese atrevido á hablar en su favor, hubiera arriesgado ser despedido; de tal modo deseaba Mouret echar abajo á puntapiés aquella ruina. ¿Qué quería que él hiciese? ¿Podría dejar aquel escombros junto á *La Dicha*? Era forzoso que desapareciese, y que el almacén pasase. ¡ Tanto peor para el viejo loco! Recordó sus ofertas, hasta la de cien mil francos. ¿No era él razonable? No regateaba: daba lo que le pedían... Que le dejasen acabar su obra. ¿Es que se quería detener á la locomotora que va por su camino? Dionisia le escuchaba con la vista baja y sin oponer más que razones de puro sentimiento. El pobre hombre era tan viejo, que podía esperarse su muerte: una quiebra le mataría. Entónces dijo él que no era ya cosa suya, sino de Bourdoncle: el Consejo se había ocupado de ello. Nada supo contestar ella, á pesar de su conmiseración.

Después de un penoso silencio, el mismo Mouret la habló de los Baudu. Comenzó por dolerse de la pérdida de su hija. Eran buenas gentes, muy honradas, víctimas de la desgracia. Luégo reprodujo sus argumentos... En el fondo, todos querían su ruina, mas se obstinaban en seguir en la barraca del antiguo comercio. ¿Qué extraño era que se les fuese la casa encima? Veinte veces lo había predicho: ella debía acordarse de que encargó avisase á su tío el fatal desastre, si éste persistía en vejezes ridículas. Y la catástrofe estaba allí, sin que nadie pudiera dominarla. No se pretendería que él se arruinase por sostener al barrio. Además, si él hubiese cometido la locura de cerrar *La Dicha*, otro almacén se les hubiera puesto al lado, porque la idea soplabla por los cuatro rumbos, aquel triunfo de las ciudades comerciales que arrollaba el edificio de las antiguas edades. Poco á poco se animó Mouret, hallando elocuencia para defenderse del odio de sus víctimas involuntarias, del clamor de los moribundos que oía á su alrededor. Era preciso enterrar á los muertos, y con un gesto los metió bajo la tierra, arrojando á la fosa común el cadáver del antiguo negocio, cuyos restos podridos eran la vergüenza de las soleadas calles del París moderno. No, no tenía remordimientos: hacía la tarea de su siglo: ella lo sabía; ella, que tenía la pasión de los grandes negocios hechos á la luz del sol. Redu-

cida al silencio escuchó largo rato, y se retiró llena de turbacion.

Aquella noche durmió poco. Insomnio mezclado de pesadilla la revolvió bajo el cobertor. Le pareció que era muy pequeña, cuando lloraba en el jardín de Valognes, al ver que las alondras se comían las arañas, que á su vez se habian comido las moscas. Era, pues, verdad aquella necesidad de la muerte alimentando al mundo, aquella lucha por la vida, que hacía depender á los unos de la muerte de los otros. Veíase luégo ante el nicho en que estaba Genoveva, y percibía á sus tios en el fondo de su oscuro comedor. Sordo ruido de desplome atravesaba el silencio: era la casa de Bourras que se hundía, llevada por la inundacion. El silencio reinaba luégo más triste, más siniestro, y nuevos desplomes se oían; los Robineau, los Bedoré y hermana, los Vaupouille caían á su vez... El pequeño comercio del barrio Saint-Roche caía bajo una hoz invisible, con ruido como el de una carreta que se descarga. Inmensa lástima la despertó sobresaltada. ¡Qué tortura! Familias que lloran, viejos echados á la calle, dramas punzantes de ruina. Y ella sin poder salvar á nadie, y conociendo que era precisa aquella hoguera de miserias para la salud del París del porvenir. Por el día se calmó; pero sus ojos, llenos de resignada tristeza, estuvieron abiertos y fijos en los vidrios de la ventana que se aclaraban poco á poco... Eran necesarios aquellos sacrificios, porque toda revolucion necesita mártires; sólo se va adelante sobre muertos. Su temor de ser un alma perversa, de haber contribuído á la muerte de los suyos, se fundía ahora en compasion ante aquellos males irremediables que son el aprendizaje doloroso de cada generacion. Acabó por buscar los posibles consuelos, y soñó en los medios que había de emplear para salvar al ménos á los que la interesaban de cerca.

Mouret se levantaba ante ella con su apasionada cabeza y ojos acariciadores. Sí, él no la negaría nada, y estaba segura de que fijaría las posibles indemnizaciones. Su pensamiento se perdía al tratar de juzgarle. Conocía su vida, el antiguo cálculo de sus ternuras, su explotacion continua de la mujer, las queridas que tomaba para hacer su camino, sus relaciones con la señora Desforges para llegar al Baron, las Claras de ocasion, el placer comprado, pagado y arrojado luégo á la calle. Estos principios de un aventurero del amor de que se hablaba en el almacén, se desvanecían en el genio y la gracia de aquel hombre. Era la seducción lo que jamas le hubiera perdonado ella; era su antigua frialdad de

amante bajo la comedia galante de su cortesanía. Pero no le odiaba, hoy que sufría por ella: este sufrimiento le había purificado. Cuando le vió expiando tan duramente su desden por la mujer, le pareció purgado de todas sus faltas.

Desde aquella mañana, obtuvo Dionisia las compensaciones que ella juzgara legítimas el día que Baudu y Bourras sucumbieran. Pasaron semanas yendo todas las tardes á ver á su tío, escapando algunos minutos, y llevándole su valor, que alegraba la vieja tienda. Su tía la inquietaba sobre todo. Había caído en una especie de estupor desde la muerte de Genoveva: parecía que se le acababa un poco de vida cada hora, y cuando la preguntaban, decía que no sufría, sólo sentía, así como sueño. En el barrio se creía que la pobre señora no se aburriría largo tiempo sin su hija.

Salía un día Dionisia de casa de los Baudu cuando oyó un grito hácia la plaza Gaillon. La gente se precipitaba, y se sentía el pánico y como una exclamacion de lástima. Era que un ómnibus de caja amarilla que hacía el trayecto de la Bastilla á Batignolles había pasado sus ruedas sobre el cuerpo de un hombre, al desembocar por la calle Neuve-Saint-Augustin, frente á la fuente. De pié en el pescante, el cochero detuvo con un movimiento furioso sus dos caballos, que se encabritaban, y juraba á voz en grito:

— ¡Eh! ¡eh! ¡Allá va!

El ómnibus se paró. La gente rodeó al herido; había por casualidad allí un agente de la autoridad. Siempre de pié, y apelando al testimonio de los viajeros de la imperial, que se habían levantado y miraban la sangre, se explicaba el cochero con gestos exasperados y rojo de cólera.

— No me ha sucedido nunca... ¡Yo grita que grita, y él metiéndose bajo las ruedas!

Un obrero revocador llegó con su pincel, y dijo con tono agudo:

— No te irrites... Yo le he visto: él mismo se metió bajo las ruedas, como si lo hiciera á propósito.

Otros hablaron, y se convino en la idea de un suicidio, mientras el agente de la autoridad tomaba informes. Las señoras bajaban muy pálidas del coche, recordando con horror la blanda sacudida del ómnibus al pasar sobre el cuerpo. Dionisia se acercó, llevada por la lástima que la inspiraban los accidentes de perros aplastados, caballos caídos y obreros derrumbados desde los an-

damios. Sobre el empedrado reconoció al desgraciado que estaba desmayado y con el *redíngot* manchado de barro.

—¡ El señor Robineau !— gritó con doloroso asombro.

El agente de la autoridad interrogó en seguida á la jóven. Dió su nombre, profesion y señas. Gracias á la energía del cochero, el ómnibus habia cejado un poco, y sólo las piernas de Robineau fueron cogidas; pero era de temer que estuviesen rotas. Cuatro hombres de buena voluntad llevaron al herido á una botica de la calle Gaillon, miétras el ómnibus seguia su marcha.

—¡ Ya he hecho el dia !— dijo el cochero arreando á sus caballos.

Dionisia siguió á Robineau á la botica. El boticario declaró, miétras venia un médico, que no creia existiera peligro inmediato, y que lo mejor era llevar al herido á su casa, puesto que vivia cerca. Un hombre fué al puesto de policia á pedir camilla.

Entónces pensó la jóven en adelantarse para preparar á la señora Robineau; pero la costó gran trabajo llegar hasta la calle entre la gente que se apiñaba en la puerta. El gentío, ávido de emociones, aumentaba por momentos; niños y mujéres que sufrían empujones brutales; cada recien venido contaba el lance á su modo, y Robineau era en aquel momento un marido arrojado por la ventana por el amante de su mujer.

En la calle Neuve-des-Petits-Champs vió Dionisia de léjos á la señora Robineau en la puerta de la seccion de sederia. Aquélla inventó un pretexto para detenerse, buscando medio de darla la terrible nueva. El almacen se resentia del desórden de las últimas luchas; era el desenlace previsto de la batalla de las dos sedas rivales: *Paris-Bonheur* habia ganado despues de una nueva rebaja de cinco céntimos. Se vendia á noventa y cinco y la seda de Gaujean habia hallado su Waterló. Desde hacia dos meses llevaba Robineau una vida infernal para impedir una declaracion de quiebra.

— He visto pasar á vuestro esposo por la plaza Gaillon — dijo Dionisia entrando en la tienda.

La de Robineau, que pareció mirar inquieta á la calle, dijo vivamente:

— Ahora, ¿ verdad ? Le espero, y ya debia estar aquí. Esta mañana vino Gaujean y salieron juntos.

La señora Robineau seguia siendo encantadora, delicada y alegre; pero la preñez adelantada la cansaba y se sentia mal en

aquel ambiente, que no se avenia con su naturaleza. Como ella decia muchas veces, ¿ no era mejor vivir tranquilos en una casita aunque sólo se comiera pan ?

— Querida niña — dijo con su sonrisa triste — no debemos ocultaros nada. Esto va mal, y mi pobre esposo duerme poco. Hoy precisamente le ha dado matraca Gaujean á propósito de unas letras vencidas... Me moriria de inquietud si estuviera sola.

Se volvía hácia la puerta, y Dionisia la detuvo; sintió á lo léjos la gente y adivinó la camilla seguida de la multitud. Con la garganta seca, no hallaba las consoladoras palabras que queria, y dijo:

— No os asusteis: no hay peligro inmediato. He visto á su esposo... Una desgracia... ahora le traen; pero no os asusteis por Dios...

La otra la oia pálida, sin comprender claramente. La calle se llenaba de gente; los cocheros, detenidos, juraban, y unos hombres colocaban la camilla ante la tienda para abrir las vidrieras.

— Es un accidente — siguió Dionisia, resuelta á ocultar la tentativa de suicidio. — Estaba en la acera y resbaló bajó las ruedas de un ómnibus... Sólo los piés... Ya se busca médico; no os alarmeis...

La señora Robineau se estremeció. Dió dos ó tres gritos inarticulados, luégo calló, y se abalanzó á la camilla, cuyas fundas abrió con mano trémula. Los hombres esperaban que llegase el médico para llevarse la camilla. No se atrevian á tocar al herido, vuelto en sí, quien sufría atrozmente al menor movimiento. Cuando vió á su mujer, corrieron dos gruesas lágrimas por sus ojos. Ella le abrazaba y lloraba, mirándole fijamente. En la calle seguia el gentío, y las caras miraban como en un espectáculo, amenazando romper los cristales de los escaparates, á fin de librarse de aquella fiebre de curiosidad; y no creyendo conveniente tener abierto el almacen, pensó Dionisia bajar la puerta metálica. Ella misma dió vuelta á la manivela, y cayó la cortina como un telon despues del desenlace de un quinto acto. Cuando volvió á entrar cerrando tras de sí la puerta, halló á la señora Robineau apretando á su marido entre los brazos, casi perdida en la media luz que entraba por las mirillas abiertas en las puertas. La tienda, arruinada, parecia hundirse en la nada: sólo las dos mirillas brillaban sobre aquella catástrofe rápida y brutal del suelo de París. La señora Robineau recobró la palabra para decir:

— ¡Vida mia... vida mia... vida mia!..

No decía más que esto, y él dijo la verdad al verla arrodillada, desesperada, apretando su cintura de embarazada contra la camilla. Cuando no se movía, sólo sentía el plomo ardiente de sus piernas.

— ¡Perdóname! he estado loco!... Cuando el abogado me dijo delante de Gaujean que los avisos se harían mañana, vi como unas llamas que encendían las paredes. Luégo... no me acuerdo; bajaba la calle Michodiére, y me parecía que la gente de *La Dicha* se fijaba en mí: aquella casa me aplastaba. Entónces vi el ómnibus, me acordé de Lhomme y de su brazo, y me arrojé debajo...

La de Robineau cayó sentada al suelo ante aquella confesion. ¡ Se había querido matar! Cogió la mano de Dionisia, que se había inclinado, conmovida, sobre ella. El herido había perdido otra vez el conocimiento. ¡ Y el médico que no llegaba! Dos hombres recorrían el barrio, y el portero también buscaba.

— No tengais cuidado — repetía Dionisia maquinalmente, y llorando también.

Entónces la de Robineau, sentada en el suelo, con la cabeza á la altura de la camilla y la cara sobre la almohada en que descansaba su marido, la abrió su corazón.

— Yo os contaré... Ha querido matarse por mí... Me decía sin cesar: « ¡ Te he robado, no tengo el dinero. » Y soñaba con aquellos sesenta mil francos, se despertaba sudoso, y se trataba de bruto; cuando se es así, no se arriesga la fortuna de los demás. Ya sabeis que siempre ha sido nervioso y preocupado. Acabó por ver cosas que me daban miedo, y se figuraba verme en la calle mendigando... á mí, á quien él quería ver rica y feliz.

Volvió la cabeza, y al verle con los ojos abiertos, continuó:

— ¿ Por qué has hecho eso, vida mía? ¿ Me crees tan mala? Deja que estemos arruinados, si estamos juntos; deja que lo lleven todo. Vámonos á cualquier parte, donde no oigas hablar de ellos. Tú trabajarás, y verás qué bien...

Cayó su frente cerca del pálido rostro de su marido, y ambos callaron en el enternecimiento de su agonía. Hubo una pausa: la tienda parecía dormir en aquella noche artificial que la envolvía, mientras al otro lado de la puerta se oía el ruido de la calle, la vida que pasaba con el rumor de los coches y el de las aceras. Dionisia, que iba á cada momento á echar una ojeada por la puertecilla del portal, volvió diciendo:

— ¡ El médico!

Era un jóven de ojos vivos, á quien acompañaba el portero. Prefirió ver al herido ántes de que se acostase. Una de las piernas, la izquierda, estaba rota sobre el tobillo; pero la rotura era simple y no debían temerse complicaciones. Se disponían á llevar la camilla á la habitación, cuando se presentó Gaujean. Venía á dar cuenta de una última gestion: la declaracion de quiebra era definitiva.

— ¿ Qué ha sucedido? — preguntó.

Con dos palabras se lo explicó Dionisia.

Él quedó confuso, y Robineau le dijo débilmente:

— Alguna culpa teneis vos de ello.

— ¡ Diablo, querido! — repuso Gaujean. — Es preciso ser más fuertes de lo que somos. Ya sabeis que yo tampoco quedo bien. Se llevaron la camilla. El herido halló fuerzas para decir:

— No; otros más fuertes que nosotros hubieran sucumbido también. Comprendo que los viejos tercios como Bourras y Baudu sucumban; pero nosotros, que somos jóvenes y aceptamos la nueva marcha de las cosas... Creedme, Gaujean, éste es el fin del mundo.

Se le instaló, y la de Robineau abrazó á Dionisia en un transporte en el que había casi alegría de verse libre del farrago de los negocios, á los que se avenía mal su temperamento pacífico. Cuando Gaujean se fué con Dionisia, le confesó que aquel pobre Robineau tenía razon. Era estúpido querer luchar con *La Dicha de las Damas*. Él se sentía perdido, y la vispera había querido entenderse con Hutin, que partía para Lyon. Pero no confiaba, y trataba de interesar á Dionisia, cuyo poder conocía sin duda.

— Á fe mia — repitió — tanto peor para la fabricacion. Se reirán de mí si me arruino luchando contra el interes de los otros, cuando ellos luchan por ver quién fabrica más barato. ¡ Ah! como deciais vos ántes, la fabricacion debe seguir el progreso con mejor organizacion y nuevos procedimientos. Todo se arreglará: basta que el público esté contento.

Dionisia sonrió y repuso:

— Decídselo á Mouret en persona. Vuestra visita le agradará, y no os rechazará si le ofreéis un solo céntimo de beneficio.

En Enero murió la señora Baudu, en una tarde clara. Hacía quince dias que no podía bajar á la tienda, que estaba al cuidado de una mujer. Sentada en su cama, con almohadas en los riño-